

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

El Tío Wiggily y el Conejo Salvaje

—¡Ahí está otra vez! —dijo la Nana Jane Fuzzy Wuzzy, mientras corría a la ventana de la cabaña de troncos huecos y miraba hacia fuera—. ¡Está arrancando todas las zanahorias de tu jardín, Tío Wiggily!

—¿Quién? —preguntó el señor conejo, dejando a un lado el periódico de hojas de col que estaba leyendo, con las gafas posadas en su rosada y centelleante nariz—.

¿Quién se está llevando mis zanahorias, Nana Jane?

—Ese conejo salvaje —respondió la señora rata almizclera, el ama de llaves—. Vive entre los espesos arbustos en medio del bosque. Creo que no lleva mucho tiempo aquí, y no parece conocer a ninguno de tus otros amigos animales. Es salvaje y huye en cuanto salgo. Pero últimamente ha estado estropeando tu jardín.

—No es muy amable por su parte —dijo el Tío Wiggily—. Saldré yo mismo a ver qué tiene que decir.

Pero en cuanto el Tío Wiggily empezó a bajar los escalones de su cabaña de troncos huecos, hacia donde el otro conejito estaba desenterrando las zanahorias, el conejo salvaje se alejó dando saltitos.

—¿Qué te pasa? —preguntó el Tío Wiggily, centelleando amistosamente su rosada nariz—. ¿Por qué me estropeas el jardín?

—¡Porque me gusta! —respondió el conejo salvaje—. Tú vives en una bonita cabaña de troncos huecos, y todo lo que yo tengo es un agujero en el suelo, o madriguera. Tú eres rico y yo pobre, ¡y voy estropear todo lo que tienes!

—¡Oh, esa no es una buena manera de sentirse! —dijo el Tío Wiggily amablemente—. Yo era pobre, como tú, pero me fui a buscar mi fortuna y la encontré. Me construí esta cabaña de troncos huecos y, si quieres, te enseñaré a hacer una. La Nana Jane y yo te ayudaremos.

—¡No! —exclamó el conejo salvaje—. ¡Prefiero ser malo! Voy a escarbar en tu jardín cada vez que pueda, y tampoco podrás atraparme, ¡así que ya está!

Y sonó como si aquel conejo salvaje pudiera estar haciéndole una mueca graciosa al Tío Wiggily. Ojo, no lo digo con seguridad, ¡pero tal vez!

“¡Caramba!”, pensó el Sr. Orejaslargas, mientras volvía a entrar en su casa. “Ese conejo salvaje es ciertamente un tipo raro. No quiero hacerle daño, pero me gustaría que se domesticara. Tendré que hablar con el perro policía Percival sobre él, y poner a Percival de guardia en mi huerto de zanahorias”.

—¿Hiciste que ese conejo salvaje dejara de cavar? —preguntó la Nana Jane, al encontrarse con el Tío Wiggily que entraba.

—No, dice que se va a portar mal —suspiró el señor conejo, mientras bajaba su alto sombrero de seda de la planta de caucho.

—¿A dónde vas? —preguntó la Nana Jane.

—Al bosque a buscar una aventura —respondió el Tío Wiggily—. Y tal vez encuentre la manera de hacer que ese conejo salvaje se vuelva manso y bueno.

—Eso espero —suspiró la Nana Jane—. No es agradable que nos estropee el jardín.

Mientras el Tío Wiggily daba saltitos por el bosque, por el lado más cercano a la aldea, donde vivían los niños de verdad, el señor conejo oyó de pronto la voz de una niña.

—¡Oh, Donald! —dijo la niña en tono triste—. Lo has roto. Has estropeado mi bonito conejo saltarín.

—Bueno, no era mi intención —respondió la voz de un niño—. ¡Hace un minuto saltaba sin problemas!

—Si, pero apretaste demasiado fuerte la pelota de goma, ¡eso hiciste! —sollozó la niña—. ¡Y ahora mi bonito Conejo de Pascua ya no salta! ¡Bu-bua!

—¡Querida, querida! —exclamó el Tío Wiggily para sí mismo—. ¡Esto es muy malo! ¡Aquí hay problemas! Me pregunto si puedo ayudar.

Verán, el Tío Wiggily sabía lo que decían el niño y la niña, aunque no sabía hablar. El Tío Wiggily se acercó a los niños dando saltitos. Miró a través de los arbustos y vio a un niño que intentaba arreglar un conejito de juguete para la niña.

El conejito de juguete parecía de verdad, con orejas, pelo y todo. Sujeta al juguete había una pequeña manguera de goma, y en el extremo de la manguera había una pelota de goma.

Cuando el conejo de juguete se colocaba en el suelo y se presionaba la pelota de goma, se introducía un poco

de aire en las patas del conejo y éste saltaba por el suelo, y también se le levantaban las orejas, porque tenía resortes y otras cosas dentro.

—Es inútil apretar la bola —dijo tristemente la niña—. Mi conejito de juguete se ha roto y no volverá a saltar. ¡Oh, vaya! ¡Buaa!

—¡Vaya! ¡Qué pena! —dijo el Tío Wiggily—. Me pregunto qué puedo hacer para que esa niña se sienta más feliz. Podría hacer que Sammie o Susie Colita, los niños conejo, vinieran y se quedaran un rato con los niños de verdad. Parecen amables, ese niño y esa niña. No le harían daño a Sammie ni a Susie. ¡Eso es lo que haré! Iré a buscar a los hermanos Colita, y haré que salten hasta aquí para que este niño y esta niña puedan atraparlos fácilmente y jugar un rato con ellos.

El Tío Wiggily se puso en marcha a través del bosque. El niño y la niña estaban sentados en una hondonada cubierta de musgo, intentando arreglar el juguete roto. Y el Sr. Orejaslargas no había ido muy lejos cuando, de repente, llegó a un pequeño hueco lleno de hojas. Allí oyó una voz que decía:

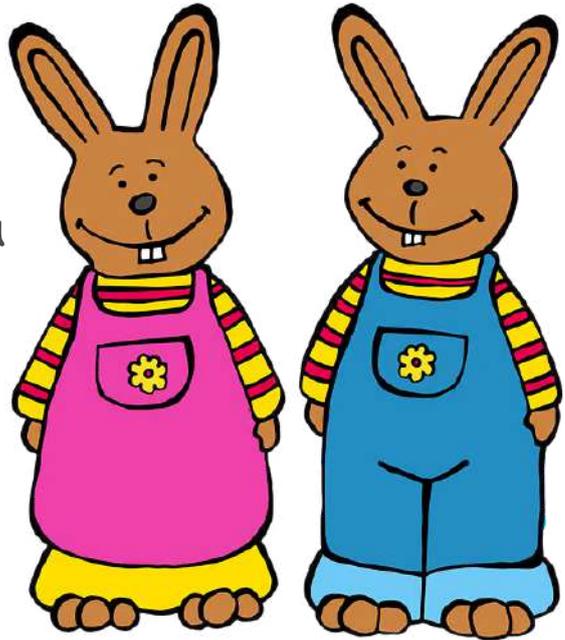
—¡Oh querido! ¡Oh, qué dolor! ¡Oh, en qué lío me he metido!

—¡Ja! Este parece ser mi día ocupado para los problemas —exclamó el Tío Wiggily, mientras miraba el hueco lleno de hojas—. ¿Quién eres y qué te pasa? —preguntó el señor conejo.

—Oh, soy el conejo salvaje —fue la respuesta—. El conejo salvaje que se estaba comiendo las zanahorias de tu jardín. Pero, ¡ya no puedo comer más!

—¿Por qué no? —preguntó el Tío Wiggily.

—Porque me he caído y me he roto una pierna —respondió—. Ya no puedo saltar y supongo que tendré que quedarme aquí y pasar hambre. Siento haberme portado mal y haber intentado estropear tu jardín, Tío Wiggily.



—Oh, quizás no lo decías en serio —dijo el señor conejo—. Pero espera aquí un momento. Creo que puedo ayudarte.

—¡Oh, si pudieras! —suspiró el conejo salvaje con la pata rota.

—Creo que veo una oportunidad aquí —se dijo el Tío Wiggily en voz baja—; de ayudar a los niños y también al conejo salvaje.

El Tío Wiggily salió dando saltitos por el bosque. No tardó mucho en llegar al lugar donde los niños habían estado jugando con el conejo de juguete que ahora estaba roto. Los niños seguían allí. La niña se había sentado en un tronco a llorar, y el niño intentaba hacerle un silbato de sauce para que no se sintiera tan desgraciada. El conejo de juguete roto yacía sobre un montón de hojas a cierta distancia de ellos. Supongo que lo habían tirado allí, pensando que ya no servía para nada.

—Esto es justo lo que necesito —dijo el Tío Wiggily. Encontró un largo trozo de vid silvestre, como una pequeña cuerda, y, cuando el niño y la niña no estaban mirando, el Tío Wiggily se escabulló y ató un extremo de la cuerda de vid al juguete roto. Luego, saltando detrás de los arbustos, el Tío Wiggily empezó a tirar del trozo de liana. Por supuesto, también tiró del conejo de juguete por el suelo.

—¡Oh, mira! —exclamó de repente la niña—. ¡Mira, Donald! ¡Mi conejo de juguete está bien otra vez! Se ha ido dando saltitos.

Y, efectivamente, el juguete parecía estar dando saltitos. Pero esto, como saben, se debía a que el Tío Wiggily estaba tirando de él por la cuerda de la parra.

—¡Vamos! ¡Ayúdame a atraparlo! —suplicó la niña.

—¡Lo haré! —dijo su hermano. Juntos corrieron tras el juguete, que el Tío Wiggily sacudía a lo largo del sendero del bosque. El señor conejo se mantenía oculto tras los arbustos, y como la parra de uvas silvestres era del color de la tierra y las hojas, los niños no la vieron. Les pareció que el juguete se alejaba dando saltitos.

—¡Vaya, Mab! —exclamó Donald—. Salta mejor que nunca. ¿Quién estará apretando la pelota de goma? Yo no veo a nadie.

—Tal vez sean hadas —sugirió Mab en voz baja.

—¡Pff! ¡No existen las hadas! —rio Donald.

El niño y la niña siguieron corriendo tras el conejo saltarín de juguete, y el Tío Wiggily tiraba de él tan deprisa que Donald y Mab no podían atraparlo. Se mantuvo delante de ellos todo el camino.

El Tío Wiggily sabía lo que hacía y, al poco rato, condujo a los niños hasta el lugar donde el conejo salvaje con una pata rota yacía en el lecho de hojas. El Tío Wiggily acercó el conejo de juguete al salvaje y luego lo escondió de la vista tras una mata de helechos.

—¡Oh, Don! ¡Mira! —exclamó la niña—. Nuestro conejo de juguete se ha convertido en uno de verdad. Y señaló al conejo salvaje, que no podía alejarse, aunque lo deseaba mucho, pues su corazón latía muy deprisa.

—Un conejo de juguete no puede convertirse en uno de verdad —dijo el niño.

—Bueno, el mío lo hizo; si no, ¿cómo podría estar aquí este conejo vivo y no estar el de juguete? —preguntó Mab. Pues eso es lo que parecía haber ocurrido, todo por culpa del Tío Wiggily.

—Y mira, Don —continuó la niña, mientras se arrodillaba junto al pobre conejo salvaje—. Tiene la pata rota, igual que mi conejo de juguete. ¡Oh, es la misma! Mi juguete se ha convertido en un conejo vivo. ¡Oh, pobrecito! —dijo la niña, mientras abrazaba al conejo salvaje.

—¡Vaya! Esto sí que es extraño —exclamó el niño—. ¡Muy extraño!

El Tío Wiggily, asomándose entre los arbustos donde estaba escondido con el conejo de juguete roto, miró y vio a la niña sosteniendo al conejo salvaje con la pata rota. De haber podido, el conejo salvaje se habría escapado dando saltitos, pero no pudo.

—¡Oh, Tío Wiggily! ¡Tío Wiggily! ¿Así es como me ayudas? —dijo tristemente el conejo salvaje. Por supuesto, hablaba en lenguaje de conejo, que ni el niño

ni la niña entendían. Pero el Tío Wiggily, escondido entre los arbustos, lo oyó y respondió suavemente:

—No tengas miedo, conejo salvaje. Sé que estos niños serán buenos contigo. Te llevarán a casa, te curarán la pata rota y serás tan elegante como yo.

—¡Oh! Si voy a ser elegante, eso es diferente —dijo el conejo salvaje. Luego se acurrucó en los brazos de la niña, y ella y el niño se llevaron el conejito a casa; su padre le remendó la pata rota con tablillas de madera y vendas de tela suave.

—Bueno, supongo que ese conejo salvaje ya no me estropeará las zanahorias —rió el Tío Wiggily mientras daba saltitos—. Llevaré este juguete roto a casa de Sammie y Susie.

En cuanto al conejo salvaje, dejó de tener miedo cuando oyó decir al Tío Wiggily que los niños serían amables. Y nadie podía ser más amable que Donald y Mab. Cuando el conejo silvestre tuvo que quedarse quieto hasta que se le curó la pata, le trajeron, todos los días, lechuga y zanahorias frescas, con agua fresca para beber. Y cuando se le curó la pata, el conejo salvaje estaba tan manso que nunca quiso dejar al niño y a la niña para volver a estropear el jardín del Tío Wiggily. Vivió feliz con Donald y Mab el resto de su vida.

Sammie y Susie se divirtieron jugando con el juguete roto, y pensaron que el Sr. Orejaslargas era muy inteligente al pensar en una manera no sólo de ayudar al conejito salvaje y a los niños, sino también de salvar sus zanahorias de ser comidas.

